

## XV<sup>o</sup> Domingo en el Tiempo Ordinario

Uno sacerdote joven de nuestra diócesis me dijo que él tiene mucho cuidado de lo que come porque muchos de sus compañeros seminaristas engordaron mucho después de que se ordenaron. Es verdad; muchos de nosotros los sacerdotes tienen sobrepeso. Un católico dice que el número total de sacerdotes en los Estados Unidos ha disminuido en las últimas décadas, pero el número total de kilos que pesan ha seguido siendo exactamente el mismo. Cuando los sacerdotes hacen la transición de la vida del seminario a la vida parroquial, necesitan hacer cambios. Lo mismo puede decirse de muchos estudiantes que van a la universidad, o de las personas que abandonan el hogar de sus padres para iniciar su propia vida. Cuando el centro de su vida cambia, todo lo demás empieza a cambiar también.

Después de la Primera Guerra Mundial, el poeta irlandés William Butler Yeats escribió: “Las cosas se desmoronan; el centro no puede sostenerse.” Describió lo frágil que puede ser el centro de la paz. Las cosas se desmoronan hoy, cuando los prejuicios raciales conducen a la violencia; cuando los ciudadanos atacan a la policía que los protege; cuando la política divide las naciones entre sí; y cuando la gente no puede admirar el carácter de sus propios candidatos presidenciales. El centro no puede sostenerse cuando las cosas se desmoronan.

En las vidas individuales, la pérdida del centro puede causar problemas mas peor que sobrepeso. En algunas familias, la muerte de un padre crea un vacío de liderazgo; o la muerte inesperada de un niño puede poner tensión en el matrimonio de los padres. Si pierdes tus posesiones por un robo o un incendio, es posible que no sea capaz de empezar de nuevo. Si se pierde la integridad por una estafa en internet, probablemente tienes que reconstruir la confianza. Cuando el centro no se sostiene, las cosas se desmoronan.

El centro verdadero de nuestra vida es Jesucristo. Si nosotros no le ponemos a él como el centro de nuestras vidas, podemos esperar problemas. En las próximas semanas nuestra segunda lectura de la misa dominical viene de la Carta a los Colosenses. Abre con un canto sobre Jesucristo que dice, “todo fue creado por medio de él y para él. Él existe antes que todas las cosas, y todas tienen su consistencia en él.” Cristo es nuestro centro; él es también el centro del universo.

Los cristianos encuentran en Cristo la fuerza, incluso si perdemos nuestra familia, nuestras posesiones o nuestras amistades. Usted puede tener desacuerdos con su familia, con otros cristianos, con sus vecinos, o con extraños. Pero somos una sola familia humana, todos tenemos nuestra consistencia en Jesucristo.

Cristo es el Señor también de las cosas invisibles. Hay personas buenas que a veces sienten que están luchando contra fuerzas invisibles del mal y que están perdiendo la batalla: les mienten a las personas que aman; se enamoran a las personas que no deberían; no pueden superar el pecado de la ira, el odio y la venganza; piensan en quitarse la vida. Ellos no quieren hacer estas cosas, pero las hacen. Algunos cristianos sienten que están perdiendo la batalla contra los poderes invisibles del mal. Sin embargo, la Carta a los Colosenses da un testimonio poderoso que no se puede perder este tipo de batalla. Todas las cosas están sujetas a Cristo. Ninguna fuerza, visible u invisible, es más potente que la de Cristo. Cristo ya ha ganado la batalla, y él ya habita dentro de nosotros. Nuestras luchas son reales, ya sea que se refiera a nuestro amor por los demás, nuestra creencia en Dios, o incluso nuestro peso. Pero no podemos perder la batalla. Aun cuando las cosas se desmoronan, nunca pueden hacerlo completamente. Tenemos un centro fuerte. Todas tienen su consistencia en Cristo.